

## SERMON

### SOBRE LA CASTIDAD.

---

*Tenentes legem nescierunt me... Propterea adhuc iudicio contendam vobiscum ait Dominus.*

(JEREMÍAS, cap. II, vers. 8 y 9.)

Las leyes conservadoras de la stirpe humana no han podido tener su emanacion y sancion de un entendimiento falible, ni su subsistencia puede pender de una voluntad propensa á lo malo, y hábil para abrazar lo que la sugiera su imaginacion, sea justo ó inicuo. ¡Ah! ¿Qué sería de la humanidad si su conservacion fuese obra del cálculo humano, del espíritu del hombre, inclinado por su naturaleza corrompida á imprimir sus hábitos disolventes en todas las obras que tiene entre manos, por firmes y sólidas que sean? La naturaleza misma de estas leyes no es compatible en su origen y permanencia con la volubilidad intrínseca é inherente al hombre; han de ser estas leyes eternas, no tanto por su duracion, cuanto por su principio; han de ser universales, de modo que, obligando á todos, ninguno las quebrante sin cometer un crimen; han de estar al alcance de todos, no por vía de comunicacion mútua de los obligados, sino por oirlas cada cuál de los labios del mismo legislador, ante cuyo tribunal nadie pueda alegar ignorancia cuando se le pida cuenta de sus acciones; han de ser tambien inmutables, como fundadas

en justicia, de modo que estén siempre en armonía con los principios de eterna verdad. Tales han de ser las leyes que perpetúen en la tierra la conservacion del hombre; tal es, en efecto, la ley natural que impresa fuera con caracteres indelebles en el espíritu de cada hombre por el dedo de Dios vivo. Un entendimiento con quien no estén identificados los principios eternos, que no extienda simultáneamente su vista á lo pasado, presente y futuro, que esté expuesto á las oscilaciones del error, no es capaz de crear leyes conservadoras que estén revestidas del carácter señalado; mucho ménos podrá una voluntad estragada imprimir á estas leyes una accion conservadora, pues contrariando éstas por su institucion y esencia los deseos corrompidos de la naturaleza humana, y estando establecidas para ser la pauta de la libertad, los obligados á estas leyes más trabajarian por destruirlas que por conservarlas, claro está. Seis mil años há que diera Dios sus leyes á los elementos y á toda la naturaleza insensible, y otros tantos há que ésta obedece. Hoy, como entónces, las furibundas olas del mar se humillan ante un monton de arena; hoy, como entónces, se mueven los astros del cielo, y la tierra da sus frutos; otros tantos años há que los brutos poseen y ejercen sus instintos, sin retroceder ni avanzar una línea, conservando en su necesidad instintiva las leyes del Criador, que no conocen, miéntras el hombre, abusando de su libertad, desconoce á su Dios, conculca sus leyes, y hasta pretende anonadar los principios eternos que sostienen el mundo. ¿Quién será, pues, el autor y conservador de estas leyes? Un entendimiento sabio y justo por esencia, una voluntad inmutable: Dios.

Tenemos anteriormente probado que existen estas leyes conservadoras del género humano, leyes naturales y divinas, que obligan á cada individuo. Tenemos tambien demostrado que la castidad en todos los estados y la saludable continencia, son leyes fundamentales que sos-

tienen el edificio social, y con él la probidad, la justicia, el amor fraternal, la Religion y moral de los pueblos. Y ahora vamos á entrar en otra cuestion de la más alta importancia. Supuesto que el hombre no padece violencia en sus operaciones; supuesto que no es conducido por el ciego instinto, como los brutos; supuesto que es libre para cumplir las leyes divinas ó despreciarlas, ¿qué ha de hacer el Legislador supremo? ¿Qué conducta ha de guardar el Sér divino despues de haber determinado con decretos irrevocables que la voluntad humana tenga la más ámplia libertad para lo bueno como para lo malo? ¿Qué órden ha de seguir cuando ve que los abusos del libre albedrío trastornan las leyes conservadoras, y quitan al mundo racional el equilibrio? Necesariamente ha de tener siempre su mano levantada para reparar lo que el hombre destruya; necesariamente ha de poner en accion todos sus atributos, su soberanía absoluta é independiente, su justicia recta é inexorable, su misericordia compasiva y sin límites. Sí; cuando un vasto alcázar sufre contínuas oscilaciones por los temblores de tierra, ha de tener incesantemente sobre sí la mano del arquitecto para reparar sus deterioros y poner puntales al perdido nivel; de lo contrario, el edificio se desplomaria; la incontinencia de los hombres introduce el desórden en la tierra; la deshonestidad hace trepidar al edificio social, y en este caso, Dios, que es el Artífice de este edificio, no quiere destruirlo; lo ha reparado una vez, embelleciéndolo además, y fué un Dios misericordioso; lo refundió otra vez, como dueño, y fué un Dios soberano y justo; lo sostiene á cada instante, cortando sus malezas, poniendo valladares á la maldad, y conteniendo el huracan pestilente y destructor de la desenvoltura, y es un Dios sabio y clemente; en una palabra: haciendo, por su parte, el hombre cuanto puede por destruir el edificio social por sus excesos en la lujuria, Dios hace tambien por su parte

cuanto exige su sabiduría para sostenerlo. Este punto va á ser el objeto de mi discurso.

Antes de empezar, os suplico que, postrados humildemente ante la Majestad Suprema, la pidais el amor de la virtud, para que nuestros corazones reciban con fruto las inspiraciones de la gracia, poniendo en nuestras súplicas por medianera á la más pura de las criaturas.

AVE MARÍA.

PARTE ÚNICA.

Apénas puede uno tomar en sus manos la historia de la humanidad sin quedar consternado; se le hiela á uno la sangre al ver que todos los siglos no son sino una sucesion de tiempos calamitosos, en que la naturaleza racional gime; en una parte se levantan tiranos, cuya espada es el código de la sociedad, cuyos caprichos son la ley á que es preciso someterse, so pena de sucumbir bajo el filo arbitrario; en otra, un pueblo acomete á otro, lo domina, lo esclaviza y lo destruye, formando montones de ruinas indistintamente con niños y ancianos, con reyes y vasallos, con altares y sacerdotes; aquí se esteriliza la tierra, se agotan los alimentos, y desaparecen con el hambre los hombres más robustos; allí la peste, cual genio maléfico y destructor, esgrime su espada formidable, invade los reinos, las provincias y ciudades, entra en el seno de las familias, disuelve los himeneos, aniquila á padres y á hijos, á viejos y á inocentes, sin detenerse en sus estragos; ántes al contrario, despues de haber sembrado el terror en una ciudad, vuela á otra, diezmando los hijos de los hombres; en otra parte no vemos sino terremotos, huracanes, guerras civiles, fratricidios y rios de sangre. ¿Qué origen tienen tantos desastres, en que

está envuelta sin cesar la humana familia? ¿Es acaso el fatalismo? No; el fatalismo es una quimera, un ente ideal, del que no podemos tener nociones ni áun inexactas; porque nuestro entendimiento no puede comprender perfecta ó imperfectamente sino los entes posibles ó reales, y la casualidad no es posible, existiendo una causa necesaria, que es Dios. El origen de estos males con que es afligida la humanidad está en esta causa conservadora; los llamamos males, castigos, azotes del cielo, imeliéndonos á denominarlos así la misma razon natural; pero ¿son males en realidad? No; son, al contrario, bienes de gran consideracion, porque Dios no puede ser autor de mal alguno en el orden moral; ni en el orden físico, porque no existen en este orden, segun la sana filosofía.

Cuando se dice que Dios castiga á los hombres, es preciso examinar lo que encierra en sí esta proposicion; las guerras, las pestes y las hambres sepultan millares de víctimas, innumerables vástagos de la humanidad, que la darian, si viviesen, incremento y gloria; da compasion el pensar lo que acontece en una guerra; los que sucumben son precisamente los jóvenes, pues el campo de batalla no es para hombres ancianos; y ¿por qué sucede así? ¿Es acaso Dios un tirano que se complace entre lagos de sangre? ¿Puede aborrecer á nadie? No; muy á la inversa; es un Dios lleno de amor, un Dios que castiga para corregir y enseñar; el amor pone el látigo en su mano; *Ego qui diligo, arquo et castigo*; la revelacion lo enseña, apoyándolo tambien la razón; en Dios, sér perfectísimo, no puede haber pasiones; el furor, la ira, la venganza, el arrepentimiento y pesar están léjos de su naturaleza divina; y si algunas veces Dios dice que desenvainará su espada, que la ensangrentará en la cerviz de sus enemigos, que soltará los elementos para que destruyan las ciudades, que está enojado, que se arrepiente de haber puesto al hombre en la tierra, estas locuciones aco-

modadas á nuestra capacidad nos revelan la santidad, la justicia é inmutabilidad de su esencia, recayendo en nosotros la malignidad y la ingratitud, como afirma el sublime Agustín. (*Confes.*, lib. I, cap. IV.)

Si Dios no ejerciese su justicia en los hombres, azotándolos de continuo, no los amaría perfectamente: creer que el amor racional no ha de tener sino dulzura y suavidad, es un error. Un legislador sábio, un padre amoroso, no tienen celo ni amor á sus súbditos é hijos cuando miran con indiferencia el desprecio de sus leyes, la infracción de sus mandatos; esto no sería amor, dice el ya citado Padre, sino apatía y languidez; el amor verdadero toma también en su mano el cuchillo para cortar y el látigo para herir. Dios, que es el legislador y Padre de la humanidad, cual médico sábio, corta las partes podridas del cuerpo social, aunque los otros miembros se quejen, y ejerce castigos temibles en su familia, para que los demás aprendan. No teniendo Dios pasión alguna, no aborreciendo á los hombres, y habiéndolos criado para que fuesen felices en la tierra de su peregrinación y en el cielo, los castigos que nos envía no son más que medidas coercitivas, remedios saludables, avisos elocuentes, que no tienen otro origen que su amor al hombre.

No teniendo, pues, las aflicciones públicas de la humanidad por causa el fatalismo; no siendo Dios autor de mal alguno, ¿quién será la causa de estos azotes? Fácilmente nos lo manifestará un ejemplo: contemplad la posición ventajosa de un gran pueblo bajo el suave dominio de un príncipe pacífico, amante del bienestar de sus vasallos, y administrador justo; él por su parte tiene un derecho sagrado é imprescriptible á la corona; reparte beneficios sin cuento, no aceptando personas, y extendiendo su mano paternal y cariñosa al enaltecido privado como al humilde zagal; el pueblo todo depende de su

soberano en la conservación de su dicha y vida, no conoce la adversidad ni la miseria, se encuentra colmado de riquezas y nadando en los placeres de la más halagüeña paz; sin embargo, este pueblo se olvida de tantos favores á él dispensados gratuita y liberalmente, se amotina, se arma, se llega tumultuosamente hasta el alcázar de su soberano, le disputa su dominio, lo quiere arrojar del sólio, intenta aniquilar las leyes conservadoras de la paz y del orden; es amonestado y reconvenido con dulzura, se le descubre su tropelía inícuca, sus consecuencias fatales, su porvenir funesto...: se obstina con todo, hiende los aires con el fragor de las armas, las quiere manchar en la sangre de su señor y bienhechor... Entónces usa el soberano de los derechos que le concede la ley, repele la fuerza con la fuerza, salen sus ejércitos fieles al frente del populacho feroz, causa estragos en la muchedumbre, para reprimir los avances de los turbulentos hasta conseguir restituir el equilibrio, y hacer que prevalezca la ley justa sobre los ímpetus brutales. ¿Quién es entónces la causa directa de los males de la guerra? No el príncipe, que no pretende sino la felicidad de su pueblo, y si éste, que con un solo acto ha perpetrado el doble crimen de rebelión y de ingratitud, tomando las armas contra su soberano y su padre.

He descubierto ya la verdadera causa de los azotes de la humanidad; no es mi discurso quien me la demuestra, sino el divino Pablo. Existen en el mundo dos especies de sabiduría contrarias entre sí, aunque ambas emanan radicalmente de un mismo principio: una es enteramente divina en sus principios y consecuencias; otra es completamente humana, y vive con el hombre, que, abusando de las luces que recibiera de Dios, se sirve de ellas como de un puñal para asestarlo traidoramente en el corazón de su bienhechor, si le fuera posible; la ciencia de la carne no es más que una conversión del espíritu

humano á las tinieblas del error y la mentira, á la fealdad del pecado, á las obras brutales, sirviéndose éste de su mismo despejo y razon para atacar á la razon divina, y empleando su cuerpo, deputado por Dios para ser templo del Espíritu santo, en acciones torpes, contrarias á las leyes conservadoras de la humanidad. Son, por consiguiente, dos enemigos irreconciliables la ciencia divina y la carnal: *Sapientia carnis inimica est Deo*. Como esta sabiduría brutal tiene su asiento en la parte inferior del alma y recibe su fuerza de las pasiones, y éstas ciegan al hombre, sucede que éste, cual potro desbocado, se arroja sobre todo aquello que satisface los deseos carnales, por contrario que sea á las leyes y á cuanto dicta la parte superior del espíritu. ¿Qué importa á un hombre voluptuoso el saber que Dios ve sus acciones más ocultas, prohibidas por Él como opuestas á razon y justicia? ¿Qué le importa saber que con sus excesos carnales quita el honor á una doncella, usurpa el dominio ajeno, pues el hombre no tiene derecho alguno de propiedad, ni aún sobre su propio cuerpo? ¿Qué le importa saber que el fruto de su pecado ha de ser un hombre infeliz, sin padre ni madre en presencia de la sociedad, abandonado al primero que lo recoja, compadecido de sus tristes gemidos, y, por consiguiente, víctima expuesta á vivir sin lazos religiosos y sociales, sin educacion y sin principios, y á ser un salvaje, un bandido, cuyos excesos lo conduzcan á un cadalso? Oidme, jóvenes incautos, hombres que dirigís vuestros pasos á esas casas de prostitucion; cuando entráis en ellas, teneis en nada la ley de Dios, conculcáis los derechos humanos y divinos, cometéis un latrocinio, porque nadie puede hacer cesion de su cuerpo para perpetrar obscenidades; no pensáis entónces sino en asimilaros á los animales estúpidos, saciando los ardores de una pasion brutal. *Sapientia carnis inimica est Deo*.

Si Dios hiciese con vosotros en los momentos de vuestro lúbrico frenesí lo que ha sucedido alguna vez para escarmiento de otros; si cuando os hallais entre los brazos de una prostituta cortase Dios el hilo de vuestra existencia, trasladando vuestras almas á los lechos tormentosos del infierno, no obraria sino como dueño absoluto de cuanto existe y como Dios justo que tiene un derecho indisputable de castigar al criminal en la primera infraccion de la ley. No lo hace así, porque la benignidad de Dios y su tolerancia nos convidan á hacer penitencia, como afirma San Pablo. No lo hace así, porque siendo indestructibles sus derechos, ha establecido y señalado un dia en el cual se vea más claro que el sol, que otros tantos dias de vida cuantos dió al pecador, fueron un llamamiento continuo de la gracia por parte de Dios y un desprecio incesante por parte del hombre criminal. «Permite Dios estos grandes males, como dice San Agustin, por no impedir que existan otros grandes bienes,» pues pertenece esencialmente á la bondad de Dios el dar la vida á los hombres y concurrir á la conservacion de todas las causas segundas, aunque éstas se entreguen á la iniquidad, pues siendo libres en sus actos, pueden hacerlo, y siendo racionales, no ignoran que al cometer el pecado, pertenecen como víctimas sacrificadas por su propio querer á todo el rigor de la justicia eterna. Mas entre tanto Dios, que espera misericordiosamente al pecador, está obligado á poner en accion todos los resortes de su sabiduría, para conservar en armonía el edificio social, que pretenden destruir con sus excesos los hombres carnales.

Y, en efecto, todos los siglos que nos han precedido desde el principio del mundo hasta hoy, no son más que una série de rebelion por parte del hombre, y de sufrimiento por parte de Dios. Aquél no hace más que prostituir su razon á los placeres materiales, contrariando con

sus deshonestidades todas las leyes conservadoras; y Dios se ve precisado á tener en su mano una espada terrible, que corte de cuando en cuando los demasiados vástagos que brota la humanidad como árbol gigantesco, que Dios no quiere cortar de raiz con un solo golpe de su diestra, por haber decretado conservarlo hasta el último día del mundo. ¡Ah! En todas esas plagas horrendas que diezman sin interrupcion los pueblos, yo no descubro otra causa que la lujuria; ella es un fuego devorador que se apodera de los hombres y los abrasa, pero de tal modo, que aumentándose sus llamas, los aniquilaria, no de otro modo que devora el bosque yermo una tea llevada á su centro por los ímpetus del aquilon; y para poner un dique á estos estragos, se halla Dios mirando siempre á los hombres, arrojando sobre ellos sus plagas, que como aguas caidas del cielo mitigan los homicidas ardores que la anonadarian. ¿Qué otra cosa fué el diluvio? ¿Pensaba Dios acaso destruir el linaje humano? No, ciertamente; antes al contrario, Él mismo dió el diseño del arca donde debian preservarse del excidio universal las almas justas, que poblarian la tierra despues que fuese purificada; pero era necesario que, como Dios pródigo, pusiese su mano á una obra que, entregada á sí misma para su duracion, se hubiera aniquilado; sí, aniquilado, no lo dudeis.

Ved lo que son los antediluvianos; toda carne, dice la escritura, habia corrompido sus caminos en la tierra; todo el pensamiento del hombre estaba fijo en la maldad en todo tiempo; habia entónces gigantes innumerables, es decir, segun el sentir comun de los Padres más sábios, éstos hombres nacidos del comercio con las mujeres, se gloriaban de su gran robustez, de su longevidad, uniendo á ella la ferocidad y licencia para todo crimen, sin temor á Dios ni á la ley; todo plegaba bajo la fuerza brutal de su brazo, siendo el principio de tanto desórden la

abominable lujuria que con la fuerza del rayo los conducia á todo exceso. A qué extremo hubieran llegado las cosas, sólo Dios lo sabe; pero séanos lícito aventurar una conjetura con acierto, fijando la vista en lo que han hecho en tiempos posteriores algunos hombres gigantes, como los del primer período del mundo, en maldad y en poder: mirad á la magnífica Roma incendiada horrorosamente; entre sus ruinas parecen indistintamente el niño, el anciano, la vírgen, y el sacerdote, y el senador, y el cónsul. ¿Quién ha aplicado la tea de destruccion á sus palacios de mármol? ¡Ah! Un hombre insaciable en sus impudicidades nefandas, Neron, aquél monstruo cuyo corazon tuviera más extension para el crimen que la que fijaban los límites de su imperio; tras de él vienen los Calígulas, los Adrianos y otros muchos verdugos de la humanidad, que unen á la ferocidad de una hiena toda la voluptuosidad de las bacanales. Y ¿para qué removemos las cenizas de aquellos séres pavorosos cuya memoria apenas mueve el corazon, por ser ya anticuada? Preguntad á vuestros abuelos, y os dirán lo que pasára hace sesenta años en medio de un pueblo que fuera antes religioso: la cruel guillotina no cesaba hasta que sus filos se habian embotado á fuerza de cortar cervices; todo el placer de los verdugos consistia en ver las ciudades populosas convertidas en cementerio general; el venerable Pontífice caia junto con el niño recién nacido. Al ver tanta escena de sangre, se hubiera pensado justamente que la humanidad iba á entrar en el sepulcro, y ciertamente sucediera si no hubiese una causa primera, que vigila sin intermision por conservar la obra de sus manos. Es preciso confesarlo: todos esos tigres humanos se deleitaban igualmente en derramar la sangre de sus hermanos, como en abusar de todas las vírgenes; en reducir á ceniza las ciudades populosas, como en entregarse á los crímenes nefandos.